

# EL CUENTO Y LA HISTORIA

(ENCICLOPEDIA DEL HOGAR)

Publicación económica, moral é instructiva  
Treinta y dos páginas de amena y variada lectura **DIEZ CENTIMOS**



Esta importante Enciclopedia, cuya lectura es *para todos*, pues todos en ella encontrarán enseñanzas y consejos necesarios para la vida en sus diferentes aspectos, puede adquirirse en todas las librerías, kioscos de periódicos, y por medio de nuestros corresponsales de España y América, quienes la entregan á domicilio.

Dedicando *diez céntimos* para *El Cuento y La Historia* se consigue amena lectura durante la semana, y la formación de una buena biblioteca con las obras que se reparten junto con la publicación. Anotamos á continuación algunas de ellas.

Un Corpus de Sangre ó Los Fueros de Cataluña  
El Pendón de Santa Eulalia.

Historia de las persecuciones políticas y religiosas en Europa.

Las Escuadras de Cataluña.

Historia Universal por Cesar Cantú.

El Siglo de la Anarquía

Historia de las Comunidades de Castilla.

Historia de las Germanias de Valencia.

Historia de los Justiciazgos de Aragón.

Héroes y grandezas de España.

Viaje por Icaria.

Del Claustro al Patíbulo.

Las Maravillas del Mundo.

Obras de Julio Verne.

Obras de Agricultura, Artes y Oficios.

Obras de Religión, Medicina y Filosofía

En los próximos números continuaremos publicando,

**Las Escuadras de Cataluña,  
Un Corpus de sangre  
y Las Persecuciones Políticas y Religiosas**

La correspondencia debe dirigirse á Don VALENTÍN ACHA administrador  
Calle de Córcega, n.º 238.—BARCELONA

**EL CUENTO Y LA HISTORIA**

ENCICLOPEDIA DEL HOGAR

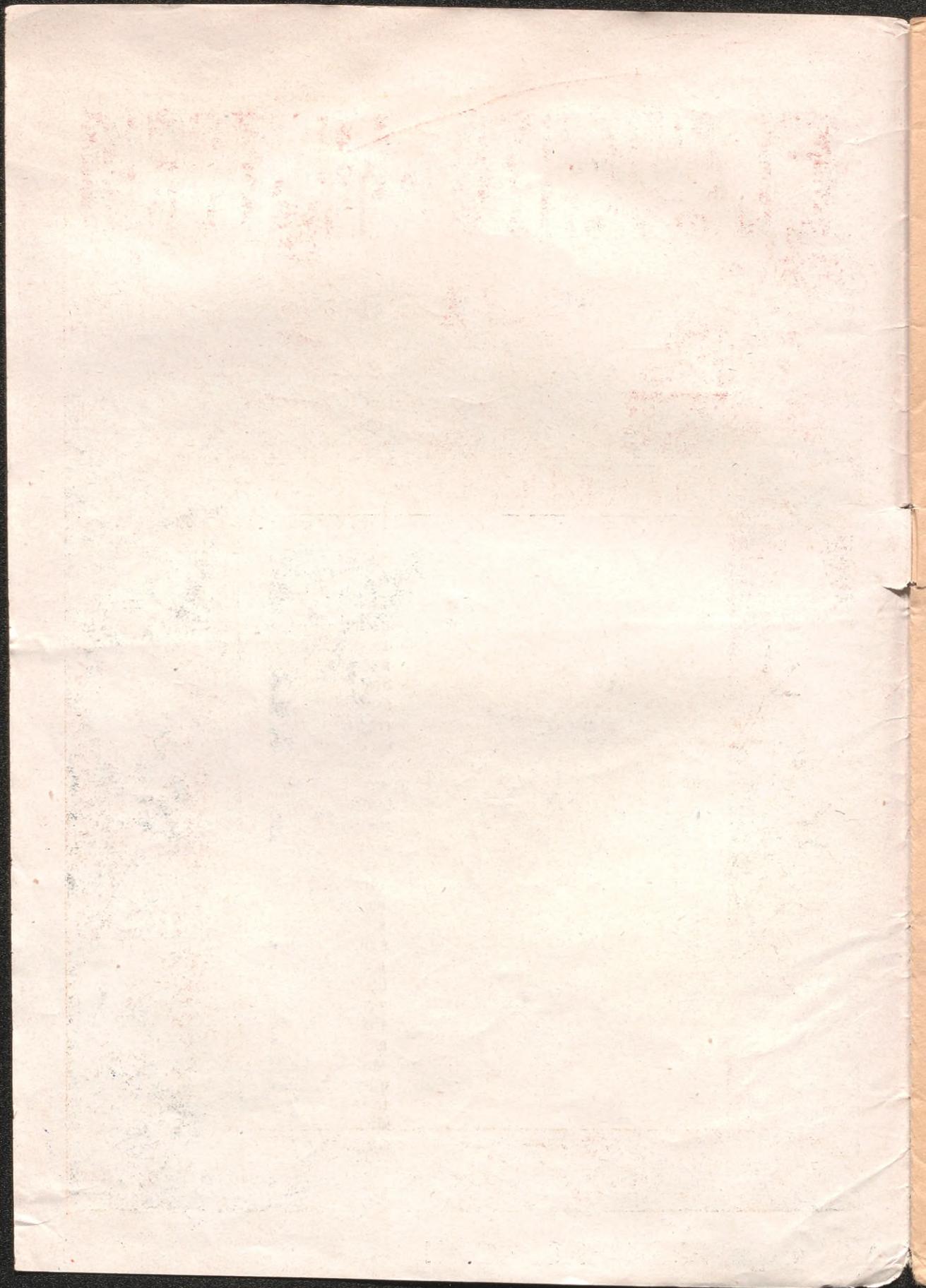
APARICION DE LA VIRGEN DE LAS MERCEDES

V. ACHA ADMINISTRADOR

CENTS 10

Córcega, 238-BARCELONA

N.º 4



Manterlo de Marbe 1908



# EL CUENTO Y LA HISTORIA

## ENCICLOPEDIA DEL HOGAR

Administración: Córcega, 238  
BARCELONA

AÑO I  
N.º 4

### INDICE

La redención de cautivos. - Para llegar al corazón. (Cuento). - Deshielo. - Memorias de un naufrago. (Aventuras maravillosas de Arguín el marino.) III (continuación). - Cultura popular. - Las escuadras de Cataluña.

### SUPLEMENTO

Historia de las persecuciones políticas y religiosas.

## La redención de cautivos

### Origen de la Orden Mercedaria

Durante la Edad Media y respondiendo á diversas necesidades de la época, creáronse en Europa multitud de institutos religiosos, dedicados unos á la vida contemplativa y otros al cumplimiento de distintos fines sociales. A últimos del siglo XII y principios del XIII diéronse á conocer en España algunas de estas organizaciones, que poco á poco fuéronse extendiendo por todas las regiones de la península bajo la protección más decidida de reyes y prelados. Uno de los que más renombre y fama alcanzaron por el fin altamente social y altruista que perseguía, fué el conocido con el nombre de *Misericordia* ó *Merced*, cuya fundación tuvo caracteres de un orden sobrenatural, no concedidos á otros institutos religiosos.

En la época á que nos referimos, y muy particularmente en España,

la guerra contra los moros, sangrienta, sin cuartel y muy empeñada, como guerra de religión y de conquista, daba lugar á todo género de atrocidades y actos de inaudita venganza, muy en armonía con el espíritu guerrero y el fanatismo de raza y religioso de aquellos tiempos. Multitud de infelices cristianos que en aquellas cruentas y no interrumpidas luchas tenían la desgracia de caer prisioneros de los mahometanos, gemían en las mazmorras africanas, víctimas de los más crueles tratamientos. Aquellos infelices, cargados de cadenas, reducidos á la esclavitud, expuestos á toda clase de castigos, olvidados de todo el mundo, sin que la política se ocupase de ellos para nada ni fuese nadie á arrancarles de su cautiverio para volverlos á su patria, llegaron á interesar vivamente á la Iglesia y el corazón de algunos hombres entusiastas por su rescate y por el esplendor de la fe cristiana. Solamente la primera, con sus poderosos medios de acción, podía acudir en su socorro ó producir el entusias-



mo en almas generosas dispuestas al sacrificio en aras de la caridad y del amor á sus semejantes. Del conocimiento de esta necesidad, tan piadosamente sentida, tomó origen en 1198 la *Orden de la Santísima Trinidad*, denominada también de *Trinitarios*, dedicada exclusivamente á la redención de cautivos en Africa, y cuya fundación débese á dos ejemplares varones, San Juan de Mata y San Félix de Valois, ambos de nacionalidad francesa.

Grandes sacrificios, poderosísimos esfuerzos y actos de sublime abnegación pusieron en práctica estos dos ilustres apóstoles de la Caridad en los primeros años de su arriesgada empresa, pero la necesidad aumentaba, cada vez era mayor el número de cautivos y mayores también las exigencias de los infieles para su rescate. Los padres trinitarios llevaban la caridad hasta sus últimos límites, estando prontos á dar su propia existencia por la de los desgraciados prisioneros; pero no bastaba, y en este apurado trance acudió solícito el auxilio. «La Providencia en sus altos fines, dice un sabio escritor, no quiso que fueran los trinitarios solos para tan árdua como importante empresa; quizás para que de este modo siendo destinado á un mismo objeto otro instituto de origen español, existiera entre ambos una santa y noble emulación, que les permitiera coadyuvarse mutuamente, y no decaer en un propósito tan santo en su fin como difícil en su práctica.» (1)

Este nuevo Instituto fué fundado, como llevamos dicho anteriormente, con caracteres visiblemente sobrenaturales, según lo atestiguan gran número de escritores, entre ellos el célebre y sabio dominico P. Touron y el papa Benedicto XIV. La Madre de

las Misericordias se dignó honrar con su descenso á la ciudad de Barcelona. Refiramos el hecho, honrosísimo para España y muy particularmente para la capital del Principado Catalán.

A principios del siglo XIII vivía en Barcelona Pedro Nolasco, de origen francés, el cual á consecuencia del excesivo desarrollo que en Francia habían alcanzado las heréticas doctrinas de los albigenses, abandonó su casa y patria, vendió sus haciendas y dirigióse á Cataluña. Su primera visita, una vez pisó tierra catalana, fué al ya célebre monasterio de Montserrat; en este solitario retiro permaneció algunas semanas haciendo vida contemplativa, y ya satisfecha su acrisolada fe, descendió á la ciudad de Barcelona, donde á la sazón se encontraba don Jaime I de Aragón, que recibió á Nolasco con gran suma de atenciones, dado el origen nobilísimo del visitante. La perspicacia del Conquistador dióle muy pronto á entender las bellas cualidades de que se hallaba adornado el noble francés, recibéndole muy á menudo en su palacio y guardándole todo linage de consideraciones. El tema de sus conversaciones con el monarca era casi siempre el mismo: la redención de cautivos. Ambos discurrían continuamente la manera de aniquilar á los agarenos para librar de sus mazmorras á los pobres cautivos cristianos; y mientras el de Aragón con el esfuerzo de su pujante brazo y el indomable heroísmo de sus valientes catalanes y aragoneses conquistaba lugares y castillos á los musulmanes, Nolasco, sintiendo, como si él mismo los experimentase, los trabajos de los cautivos, oraba fervorosamente, pidiendo al Señor que los librase de sus cadenas.

Residía también en Barcelona por aquel tiempo Raimundo de Peñafort,

(1) Este escritor es don Vicente Lafuente, en su *Historia Eclesiástica*, tomo 2.º página 279.

religioso dominico, catalán sapientísimo, pues estaba graduado en ambos derechos y era á la sazón canónico de la Iglesia Catedral, gozando ante el monarca gran predicamento y confianza, pues era su confesor. Enterado el de Peñafort de los piadosos deseos del monarca y de Nolasco, tomó á empeño alentarlos para que llevasen á buen término su grandiosa obra. Cuando los tres ilustres y magnánimos varones estaban más decididos y animados, ocurrió el maravilloso hecho en Barcelona.

Era el 1.º de Agosto de 1228 (1). Ocupaba la silla pontificia el papa Honorio III. Al mediar la media noche del citado día, cuentan los cronistas que bajando visiblemente la Santísima Virgen sobre la ciudad de Barcelona, se apareció á los tres referidos personajes, manifestándoles su voluntad de fundar una religión en su nombre con el título de *Misericordia ó Merced*, cuyo fin fuese la redención de cautivos, imponiéndose, los que la profesasen, la obligación de quedar en rehenes, si fuese necesario.

Conferenciaron los tres al siguiente día, y viendo tan conforme la revelación que cada uno había tenido, no dudaron de la voluntad del Cielo y procedieron á establecer la Orden de Nuestra Señora de la Merced el día

(1) Respecto á esta fecha no hay acuerdo entre los historiadores. El escritor Alzog, con los mismos mercedarios, señala el año 1218. Los dominicos indican la fecha que nosotros apuntamos.

10 de Agosto del expresado año, en la Iglesia Catedral de Barcelona (1).

La ceremonia fué suntuosísima. Empezó por una procesión general, á la que asistieron el rey don Jaime, el obispo, los nobles y grandes de la ciudad y una inmensa muchedumbre. Cantóse un *Te-Deum* en acción de gracias, hizóse la presentación de Pedro Nolasco y fueron bendecidos la túnica blanca, el escapulario y demás prendas del hábito, que vistieron en el acto el de Nolasco y dos nobles amigos suyos que le ayudaban á recoger limosnas para el rescate de cautivos.

Don Jaime el Conquistador hizo á la nueva Orden cuantiosos donativos, entre ellos la cesión de un magnífico monasterio que mandó edificar fuera de las murallas de la ciudad.

Pocos años después, Gregorio IX, en 1235, aprobó sus constituciones, y sucesivos Pontífices le concedieron multitud de gracias y privilegios. El nombre con que esta Institución es más conocida es el de *Real orden militar y religiosa de Nuestra Señora de la Merced de la redención de cautivos*. Su divisa era: *REDEMPTIONE MISSIT DOMINUS POPULO SUO*, últimas palabras que pronunció antes de morir San Pedro Nolasco, su ilustre fundador.

M. HERNANDO

(1) La fiesta de esta aparición, representada en el grabado de la cubierta de este número, se celebra, como saben nuestros lectores, el 24 de Septiembre.

## PARA LLEGAR AL CORAZÓN

«La mujer que os ama, y de la cual os alejáis, contará al principio por minutos el tiempo de vuestra separación; si le escribís, comenzará pronto á contarle por

días; un poco más tarde lo contará por semanas; luego por años... —Prólogo de don Ramón de Campoamor á la obra «La mujer», de Severo Catalina.»

Mi amigo Jorge, romántico y enamorado como un héroe de la Edad

Media, era, cuando yo le conocí, uno de los seres más desgraciados, no

precisamente porque le faltara dinero, sino porque le sobraba amor. Dios había dado á su instinto amoroso proporciones desmesuradas y cuando encontraba solícito el corazón de una mujer no hallaba en él casi nunca ni bastante fuego ni suficiente sinceridad. Era un estudio originalísimo el que hacía de todas las mujeres que amaba, por su mala estrella. Primero las reproducía en el lienzo á grandes rasgos—porque era pintor;—luego las describía en un soneto ó en un sencillo cantar—porque era poeta también—y una vez las tenía envueltas suavemente en su deliciosa impresión artística, juzgábalas poniendo á aquella impresión un marco de triste filosofía. Todas salían muy mal paradas con este marco. Pesimista por excelencia, quería despreciarlas á la primera acometida que le daban—¡osadas!—con sus encantos, pero una fuerza irresistible obligaba á mi amigo á no dejar pasar el desprecio de la punta de la pluma, ni de las cerdillas del pincel. Los sonetos eran entusiastas apologías, los cantares fervorosas declaraciones y en cada bosquejo de mujer que dejaba impreso en el lienzo, centuplicaba los encantos, tanto que no podía mirarse ninguna de sus obras maestras sin que se exclamara con la mano en el corazón: «esto no es una mujer: es un ángel». De modo que la severidad de sus juicios estaba sólo en la palabra. Al hablar era cuando asomaba su triste filosofía. «No las quería, no, á las mujeres...», pero las pintaba gentiles y las contaba como dueñas y mágicas encantadoras del mundo.

Mi amigo Jorge era una constante contradicción.

Quiso la suerte un día que una rubia como no pintara ni cantara jamás, llamase á las frágiles puertas de su alma. Era una mujer que no podía encontrarse en la calle porque

arrastraba y hacía perder el tiempo que podía gastarse en provechosos trabajos. Jorge no se contentó como yo y otros de sus amigos, con echar á la hermosa una flor del tiempo al verla pasar. Jorge hizo más: le dió su corazón. Y la hermosa, agradable, sencilla y no refñida con el amor, guardólo cuidadosamente al mismo lado del suyo.

Las primeras jornadas me fueron explicadas por Jorge con un asombroso lujo de detalles.

Ambos se habían encontrado en una calle silenciosa, á donde no llegaba el vocerío atronador del centro de la ciudad. Ella daba lecciones de piano y á aquella hora se retiraba para pasar unas horas con su madre. Mi amigo con su ingeniosa verbosidad le hizo una soberbia corona de alabanzas y colocóla como si la acariciara (á la hermosa, no á la corona) entre los rizos de sus cabellos. La profesora de piano dejóse poner la corona y coger la mano... y comprimir los labios... Muchos hombres la habían mirado, pidiéndole una sonrisa con los ojos, pero con ser tantos aquellos ante quienes hubiera podido rendir su belleza, hasta que llegó Jorge con su corona de alabanzas y su primer beso, no pudo—dijo—comprender á ninguno.

Llamábase Victoria y era casi una niña y casi una inconsciente.

El martirio de mi amigo Jorge comenzó á los pocos días de haber comprendido que la amaba. Victoria parecía, pasadas las primeras impresiones, no atender demasiado las galanterías de su adorador. Le recibía con una sonrisa, oía sin pronunciar palabra explosiones de amor y al marcharse Jorge, ella no se levantaba, ni mostraba disgusto, ni salía al balcón: le alargaba la mano y le despedía con otra sonrisa...

«Cuando, en el colmo de mi exal-

tación amorosa—me decía Jorge—le estrecho las manos y me acerco palpitante á ella, pareceme que estoy sacudiendo una estatua. Me mira, no deja de mirarme, pero no se mueve. —¡Qué viene mamá—me dice á cada



momento—y me aparta suavemente con sus brazos de porcelana... Esta mujer no sabe lo que es amor ó no quiere saberlo. El primer día me alentó, luego fué como desengañando imperceptiblemente el cuadro de mis ilusiones; ahora parece burlarse de mi constante exaltación.. Si los ojos fueran en realidad el lenguaje del alma, podría asegurar que esta mujer no puede llegar á quererme...»

No obstante, Victoria decíale que no le olvidaba en ninguna hora del día, que vivía sólo para él, pero decía esto con tal indiferencia que no parecía sino que estuviese ensayando una comedia de amor.

Jorge tuvo que marcharse al extranjero por unos días, y convino

con Victoria en que no cesarían de escribirse.

¿Fué así en efecto?

Victoria escribió una carta contestando á la primera de Jorge: una carta fría, lánguida, de comerciante. Después de esta, ya no volvió Jorge

á ver letra suya. ¡Había pagado con una carta la promesa que hizo al despedirse de aquél!

Jorge enfermó. Y ya restablecido, regresó á la ciudad de su adorada y vino á encontrarme á mí, antes que á ella.

¡Sufría mucho! Victoria le había olvidado por completo, sus ensueños de otros días habían sido destruidos por la indiferencia; volvía jadeante y más que nunca enamorado, porque así como á muchas mujeres la separación constituye un medio para el olvido, para muchos hombres es la separación un incentivo poderoso del amor.

Confieso que me dió lástima mi amigo. Venía cargado de versos y todos, todos tenía que romperlos...

Me pidió un consejo. Tanto confiaba en mí que en los trances más difíciles era yo algo así como su ángel tutelar—y no quito lo de ángel porque la frase quedaría coja.

Yo reflexioné un momento y me dí un golpe en la frente. Indescriptible alegría de Jorge.

—Esperame le dije—vuelvo dentro de una hora con tu eterna felicidad ó con tu eterna desgracia. Quise, una vez en la vida, ser filósofo también...

Quedóse Jorge en mi casa y yo, presuroso, sin entretenerme en nada, me dirigí á casa de Victoria, á quien conocía. Recibiómela ésta toda vestida de blanco. Tan blanco era su vestido como el cutis que muy pródigamente mostraba cortado por collares, sortijas y brazaletes.

Mi visita le sorprendió. ¡Es claro! Comencé por decirle que iba á cumplir un encargo de Jorge. Al oír el nombre de Jorge le brillaron los ojos. «¡Pobre muchacho! No le he escrito más... ¡Qué pensará de mí!»

—Está enfermo...—repuse, muy bajo.

—¿Muy enfermo?—exclamó enderezándose sobre el sofá en el que se hallaba sentada y pasándose la mano por la frente.

—Mucho...

—¿De veras!... ¿Puede escribir? ¿Se acuerda de mí? ¿Podré llegar á verle? ¿Le ha dicho V. que yo...? ¡Está quizá...!

—Sí, Victoria... Lo que V. supone...

—¿Ha muerto? ¡Dígame V. toda la verdad!

—Debe de haber muerto...

Victoria se levantó del sofá, miró un momento fijamente al suelo y se dejó caer de nuevo en aquél, rompiendo á llorar amargamente.

«¡Jorge de mi alma!—la oí exclamar.—¡Por tí hubiera dado mi vida! ¡Guardaba tu querer como una alhaja... y aunque no te escribía—¡ingrata de mí!—era tan tuya como antes de marcharte! ¡Si había nacido para tí, para unirme contigo hasta la muerte, para ser feliz á tu lado! ¡Jorge de mi alma! Sin tu amor, moriré de pena; sin tus palabras, sin tus besos... ¡Un aliento de vida que te quedara lo aprovecharía para decirte que después de haberte querido á tí, no podré querer á otro!»

—¿Y si ese momento quedara?—dije yo dejando asomar una leve sonrisa.

—¿Queda?—exclamó Victoria con los ojos muy abiertos.

—Quizá...

—Pues lléveme V. á donde esté, á donde sea posible darle el último abrazo y hacerle mi postrera declaración...

—¡Calma!—contesté.—Dentro de muy poco tiempo volveré á buscarla...

Vino á acompañarme hasta la puerta entre súplicas y llantos.

—Vuelva V. pronto...

—Pronto...

Jorge me esperaba en el rellano de la escalera.

Al llegar junto á él le abrí los brazos.

«Vés,—le dije—Ve á casa de Victoria. Te espera para pedirte perdón por su inconstancia. Mas, á pesar de ésta, te quiere más que nunca...

—¿Te ha dicho...?

—Que desea estrecharte entre sus brazos, que moriría si tu murieras, que ha nacido sólo para quererte á tí y que la única felicidad que abriga es la de vivir contigo...

Jorge no quiso oír más y salió escapado de mi casa, sin ni siquiera despedirse de mí...

Y mientras, desde el balcón, contemplaba su paso precipitado, denotando la ansiedad de que se hallaba poseído, dí en hacerme la siguiente

reflexión, que sin miedo á que me oyera nadie y me tomara por loco, pronuncié en voz alta:

—Las mujeres son como las cuerdas de música. Para llegar á su corazón hay que pulsarlas, con más ó menos fuerza. ¿Y eso no lo sabes tú, Jorge amigo, pintor de bellezas, cantor de amores, romántico enamorado y filósofo?

ARTURO MORI

## DESHIELO

Y Rantzau no tuvo más remedio, y levantándose á duras penas (que de hambre y sed desfallecía) siguió á los cuadrilleros.

Ya en marcha, envolvió en una mirada estúpida al chopo amigo, á cuyo pie pernoctó y que ahora se perfilaba quietamente, sobre el azul de los cielos, donde nacía el sol.

El lugarón no distaba mucho; antes de entrar en él atravesaron un puente de piedra, bajo el cual el río, de cauce escaso, corría mansamente.

Rantzau recordó, de su pueblo, otro río y otro puente, á donde iba á fruir las horas con su esposa.

...Y llegaron al pueblo, un pueblo triste, de casucas chatas, de aleros amplios, de jardincillos abrazados por setos vivos.

Los lugareños, con visajes de asombro, salían al umbral á contemplar al viejo de cabellos blancos, de barba hirsuta y larga.

Siguiendo por una calleja sucia y sola, llegaron al municipio, donde los cuadrilleros hablaron al alcalde, que tornaba la cabeza para mirarle receloso.

La conversación no fué larga, los cuadrilleros se fueron, y el alcalde díjo á Rantzau que le siguiera, el

cual le siguió.

Entraron en un cuarto espacioso y encalado, donde halló, el mísero, reposo y sustento para el decaído cuerpo.

Preguntóle el lugareño, insistentemente, inquiriendo, pero Rantzau callaba y se encogía de hombros.

Diéronle pipa y tabaco bueno, procedente de alijo, y fumó.

Marchóse el alcalde, meneando con gravedad la cabeza, y Rantzau acomodóse en la ventana por donde entraba, con el himno de los pájaros, la alegría del sol.

El pueblo tenía vega hermosa; cortándola anchamente, el río que antes viera corría y perdiase á lo lejos, y á lo lejos también veíanse subir derechamente á los cielos los álamos de sus riberas.

El mísero quedó quieto en la ventana, absorbiendo el humo del tabaco.

En sus mocedades, allá en su pueblo, tuvo amores, sintió placeres, trazó festejos y gozó grandemente.

De sus padres guardó grandes haciendas, de vastas obradas, que él manejó, á pesar de todo, razonablemente.

Hastiado de placeres y deleites, casó, ya en el ocaso, con una moza lugareña, de padres labradores, ricos, que á más de hermosa era de grande virtud.

Cesaron con las bodas sus vicios, y los amigos que antes le adularan, olvidáronle ahora, y el viejo llevado al bien por su esposa tornóse apasionado por ella.

Mas como es sabido que dicha eterna no la hay en este valle de lágrimas, cierto día que Rantzau partió del lugar á sus quehaceres, por mano enemiga ó casualmente, incendióse la hacienda en que moraba su esposa, que murió abrasada cuando iba á ser madre...

Al saberlo Rantzau sintió como el dolor de una puñalada y, la pena, toda amargura, toda hiel, metiósele corazón adentro, angustiándole sobremanera.

Ante la catástrofe irremediable, adormeció su alma para el mundo y sintió frío, el frío de las grandes nostalgias del amor.

Fué al pueblo, besó á la esposa muerta, y partió. ¿A dónde? á cualquiera parte, á tierras nuevas, ignoradas...

Y llevaba ya dos meses de vida andariega y errante, cuando los cuadrilleros le recogieron al pie del cho-po hospitalario.

La llegada del viejo se esparció pronto entre los lugareños, que fueron, para verle, al municipio.

\*  
\*  
\*

Llevaba ya Rantzau tres días de alojamiento en el lugarón; qué aguardaba? nada; por qué no se iba? lo ignoraba.

Aquella noche fueron como de costumbre á verle las gentes. Las comadres llevaban sus chiquillos también.

Uno de estos, que poco tiempo hacía perdió á su abuelo, acercóse al errante que miraba estúpidamente á los lugareños, y subiendo por sus rodillas acaricióle el rostro y la barba hirsuta y larga.

Sintió Rantzau un estremecimiento de toda su carne y afluyeron lágrimas á sus ojos.

¿Qué era aquello? Entre los curiosos corrió un rumor de asombro.

Y el mísero lloró acariciando al chiquitín.

¡Ah! su hijo—aquel hijo—no tendría también unas manitas dulces, mórvidas, con que acariciar su rostro rugoso...!

Y el errante besó al niño y lloró copiosamente.

El deshielo había comenzado.

P. COROMINAS CASTELARO

## Memorias de un náufrago

### Aventuras maravillosas de Arguin el marino

#### III

(Continuación)

En la Habana conocí al teniente Krusenstern, explorador ruso, muy notable, que se dedicaba á reclutar

gente y materiales para realizar un viaje de exploración á las costas septentrionales de la Siberia, á bordo de las goletas *Yermak* y *Embrio*.

La fama de marino experimentado que yo gozaba, fué sin duda la causa

de que el explorador ruso me concediera inmejorables ventajas si me decidía á acompañarle en su expedición á los *hielos del mar de Kara*.

Peligrosa en extremo era la empresa, pero ya empezaba á familiarizarme con el peligro.

Vencidos los obstáculos que á nuestro viaje opusiera Enriqueta, nos dirigimos á Rusia, y de la aldea de Konia á orillas del Petchora zarpamos en busca del río iberiano Tenissei.

La goleta *Yermak* era de 150 toneladas y el buque con cubierta, llamado *Embrio*, de 17. Con aquellos barcos tripulados por treinta hombres y con víveres para una navegación de diez y seis meses nos lanzamos á explorar las montañas heladas del mar de Kara.

Después de seis días de viaje, empezamos á bordear la isla, varando y chocando á cada momento con gruesos témpanos de hielo, virando constantemente para seguir los estrechos canales que dejaban entre sí aquellas masas heladas.

Para aguardar vientos más favorables anclamos cerca de la isla, y dos horas después se presentó ante nosotros una gran barrera de hielo, pero desde los topes veíamos que el mar á poca distancia estaba desembarazado. Decidimos atacar de frente la barrera, levamos anclas y el *Yermak* largó sus velas y penetró en el banco; los choques no fueron muy rudos y después de una hora las dos embarcaciones se hallaban en el mar libre.

Dos horas después, nuevo banco; la noche avanza, pero habíamos encontrado fondeadero y dormimos al abrigo mejor que entre aquellos islotes de hielo, que se mueven continuamente. Es la primera vez que presencio el espectáculo más asombroso que puede imaginarse. Pasan

delante de nosotros, impulsadas por las corrientes, grandes moles de hielo semejantes á rocas de más, de 500 metros de altura: en su vertiginosa carrera chocan entre sí produciendo estruendos enormes y moviendo las aguas en todas direcciones.

Dos días consecutivos estuvimos presenciando desde nuestro fondeadero forzoso el paso de las montañas heladas que desfilan ante nuestra vista como una procesión de espectros.

Por fin se detienen, y por el canal que forman entre unos y otros, pasamos á todo trapo durante la noche. Al día siguiente, cuando pasábamos por la parte más angosta, los samoiedos, acampados en una isla, se encaramaron á lo alto de sus viviendas y agitaron los brazos en señal de asombro.

Tenemos á la vista el mar de Kara que aparece cubierto de témpanos mucho mayores y elevados que los vistos hasta ahora. Por no encontrarnos en medio de la obscuridad, con vecinos tan peligrosos, nos acercamos á la isla de Vaigatz, ignorando el recibimiento que obtendríamos de las tribus allí acampadas. Allí encontramos un buen fondeadero; aunque el fondo era de rocas, la punta estaba muy avanzada y nos protegía admirablemente.

No había corrientes y el mar estaba tranquilo, pero una hora después tomó otro aspecto. La marea entró rápidamente por el estrecho de Vaigatz y con ella témpanos de hielo de varias formas y tamaños. La punta que abrigaba los buques, azotada por la corriente, lo fué también por los hielos. Aquella fué una lucha terrible en la que las tripulaciones desplegaron la mayor energía. Un témpano llega á la proa del buque, la cadena se pone tirante, el áncora se levanta, los hombres empujan con espeques y rompen el hielo con hachas. Se con-

siguió librarnos de aquel banco, pero diez minutos después hubo necesidad de luchar con otra isla flotante que lo arrastraba todo. Era imposible permanecer fondeados, ó había que ceder al empuje de los hielos para no ser por ellos arrollados. Una vez, el *Embrijo* fué acometido por un témpano enorme, debajo del cual desapareció hasta su arboladura, de suerte que se le creyó perdido.

A las cinco de la mañana, aparejamos la goleta y nos dirigimos en busca del *Embrijo*, que no se había vuelto á ver.

Largo rato llevábamos navegando, temiendo siempre zozobrar bajo el esfuerzo del primer hielo que con la goleta chocara, cuando de repente descubrimos el velamen del *Embrijo* que hacía grandes esfuerzos para penetrar en el estrecho. La brisa había refrescado un poco y la corredera del *Yermak* señalaba dos nudos.

Nos dirigimos á socorrer á nuestros compañeros. El buque no tenía más avería que un agujero en la obra muerta. Era evidente que el paso por el mar de Kara se hacía imposible y que si no volvíamos á ganar el estrecho de Vaigatz chocaríamos con el banco.

Nuestros esfuerzos se dirigieron á intentar el paso entre la nueva Zembla y la isla, pero á cosa de las once se vió desde lo alto del mastelero de mesana la extremidad del canal, cerrado completamente por una muralla de hielo. Los dos buques se pararon, buscando cada uno por su lado el mejor modo de asaltar la muralla y ganar el estrecho. Las lanchas remolcaban al *Yermak*, y toda su tripulación estuvo remando durante el día. Viendo que los rodeos entre los hielos impedían el avance, amarró la goleta en una montaña de hielo al parecer inmóvil. Durante este tiempo, el *Embrijo* ayudado con sus biche-

ros y arrastrado por sus hombres desembarcados sobre los hielos planos, había avanzado notablemente.

El hielo á que estaba amarrado el *Yermak* no estaba fijo como se había pensado: caminaba con los otros hacia el mar de Kara.

Al través del cieno se encontraron 62 brazas de profundidad. Nos dirigíamos hacia el Nordeste. El día era magnífico, el tiempo claro y apacible, el termómetro marcaba más de 4.º Reaumur, nuestra marcha remolcados por la montaña de hielo, vertiginosa y pintoresca á la vez como jamás creo presenciar otra. Una fuerte refracción elevaba las montañas de hielo á alturas fabulosas y les daba los aspectos más fantásticos: castillos y fortalezas con sus torres y campanarios, inmensos palacios de alabastro, coronados de cúpulas y medias naranjas: las formas más raras que la fantasía puede imaginar en lo referente á construcciones arquitectónicas, veíanse iluminadas por claridades reflejadas en aquellas moles de alabastrina blancura.

De repente, el banco se detiene ante una muralla que le impide el avance, pero á manera de una locomotora que al descarrilar sigue marchando fuera de los rails, del mismo modo el banco siguió marchando sobre el hielo, y la goleta bien pronto quedó embarrancada, sin sufrir empero grandes desperfectos.

Grandes y profundos charcos de agua, que la tripulación utilizaba, había entre los hielos en donde estábamos embarrancados.

Continuaba la calma, y por la mañana descubrimos al *Embrijo*, preso también entre los hielos á tres millas de tierra.

Inmóvil nuestra goleta en medio del gran banco helado, no lo estaba más que con relación á los hielos que la rodeaban: pudimos observar esta

circunstancia, por medio de la sonda, cuya cuerda indicaba perfectamente que era arrastrada con una celeridad bastante grande hacia el Nordeste. Estábamos á 126 brazas y el plomo salía impregnado de un cieno azul de poca consistencia.

Después de cuatro días de marcha entre una espesa niebla que impedía ver los objetos á 50 pasos de nuestra embarcación, el hielo se puso en movimiento más acelerado y con mucho estrépito, moviendo la goleta, y rompiendo la sobarbada de cadena que nos obligó á desembarcar las provisiones, preparándonos á abandonarla: cesó algo el movimiento y se suspendió el descenso.

Avanzamos rápidamente hacia el Este. La noche era tempestuosa, caía la nieve en abundancia, y aumentaba el peligro de que la embarcación fuese aplastada. La tripulación recibía orden de preparar sus sacos y de saltar sobre el hielo á una señal dada.

El día 1.º de Septiembre hubo una

tempestad horrible: el buque era empujado con una velocidad de diez millas por hora. La costa no estaba lejos; era de esperar de un momento á otro que los témpanos chocaran bruscamente; el choque debía necesariamente aplastar la goleta; nos preparamos levantando una tienda que se llenó de provisiones; se desembarcó leña y carbón.

Aquel día á pesar de la crítica situación en que nos encontrábamos, la tripulación celebró el milésimo aniversario de la existencia de Rusia; se había repartido doble ración de aguardiente: se hizo arder el ponche, y cantos de alegría alternaban con los crujidos del hielo y el silbido del viento.

Durante el día observamos con admiración que el gran témpano de hielo en que el buque estaba amarrado, se había partido por varios lados.

En vista de tan grave accidente se verificó un consejo, en el que se acordó abandonar el buque y ganar la costa que se descubría al Este.

## Cultura Popular

(Continuación)

propuso el título de Jefe supremo del Estado, á manera de una rica é inamovible prebenda al general Bonaparte, y que este rechazó bruscamente con la tan sabida frase que no quería representar el papel de *un cochon al engrais*: un cerdo al engordadero.

Pero lo particular es, que entre tantos hombres célebres como de dicha proposición hablaron, y tomaron parte en las acaloradas polémicas que acerca de ella se promovieron, á ninguno, como observa un ilustrado escritor, le ocurrió hacer presente que aquel principio no era más que la reproducción textual de una de las máximas de los sabios del Daghestan.

Bien que, como añade el indicado escritor, el mismo hombre de Estado que anunció desde la tribuna aquel principio, ignoraba sin duda este origen.

### ¿Qué dió lugar á que Newton desarrollara el sistema de la Atracción?

Se dice que estando sentado este hombre pensador al pié de un manzano de su jardín, cayó á sus piés ó sobre su cabeza una manzana, y que esta casualidad, que para otro cualquiera hubiera sido insignificante, fué para Newton un rayo de luz que excitó en él varias reflexiones, de las que dedujo las leyes de la atracción y de la gravedad que con tanta maestría luego expuso.

Todas las moléculas materiales, todos los cuerpos de la naturaleza, dijo Newton, obedecen á la atracción.

Con el nombre gravitación rige los movimientos celestes; denominase fuerza centripe-

ta, cuando obra de la circunferencia al centro; pesadez, la que llama y solicita los cuerpos sublunares; cohesión, la que mantiene las moléculas materiales; la adhesión conserva en contacto los cuerpos de un pequeño volúmen, y la afinidad preside á las combinaciones químicas.

Aunque los antiguos veían los efectos de esta gran propiedad, no llegaron jamás á tener ideas estables, ni principios ciertos sobre ella, por lo que toda la gloria de este precioso descubrimiento, tan útil á las ciencias y á las artes, se debe al filósofo inglés.

El descubrimiento de esta ley ó propiedad general, que obra en todo el universo, y por la que todos los cuerpos se atraen mutuamente, hará inmortal el nombre de Isaac Newton.

Había nacido el 25 de diciembre de 1642 en Woolstrop, y murió el 10 de marzo de 1727, á los 85 años de edad.

## Las Escuadras de Cataluña

(Continuación)

Por un estrecho sendero que de Alcover se dirige al pueblecillo de Farena, caminaban dos hombres, uno en pos del otro, pues lo angosto del camino impedía su reunión. Su andar era fatigoso y lento, pues la nieve, que seguía cayendo en abundancia, había borrado por completo las huellas del sendero y era necesaria una escrupulosa atención para no caer en alguno de los muchos precipicios que rodeaban por todos lados el camino. El que abría la marcha era un hombre de elevada estatura, joven aún, de recia complexión; vestía con desenvoltura un elegante traje de caballero de aquella época é iba armado de espada y daga. El que seguía sus pasos envolvía su cuerpo en amplia capa, por debajo de la cual asomaba la boca de un formidable mosquete. Hacía algún tiempo que ambos caminaban en silencio, cuando el primero, haciendo alto en un recodo que el terreno formaba en aquel lugar, aproximó un silbato á sus labios y produjo un sonido especial que inmediatamente fué contestado por otro, dado en igual forma. Esta operación fué repetida dos ó tres veces durante la marcha. El hombre del silbato, que no era otro que Claudio el Molinero, el famoso bandido, jefe de una partida de criminales que

tenía aterradas y en continuo sobresalto á las comarcas de Valls y Reus, iba reuniendo, mediante aquella seña, á los bandoleros á sus órdenes, que media hora después y habiendo abandonado sus puestos de observación, en número de unos 25, seguían á su jefe á respetable distancia. Todos ellos eran sujetos de feroces instintos, escapados unos de presidio, otros condenados dos y tres veces á morir en la horca, cargados de crímenes, gente, en fin, tan desalmada, que fuera imposible hallarla peor. La ausencia de su capitán permitiales, á pesar de la noche y de lo crudísimo del temporal que aguantaban, entregarse libremente á una continua charla, salpicada de grandes risotadas, juramentos y palabras mal sonantes, muy en armonía con sus costumbres y la salvaje libertad que disfrutaban.

—¡Voto á sanes!—decía uno,—que esta vida no se puede ya aguantar...; esos *mozos*, que el diablo cargue con ellos, no nos dejan un momento de reposo.

—¿Les tienes miedo?—le contestó un compañero.

—¿Miedo...? ¡Jamás! Pero son tan hábiles, tan astutos, que prefiero hábermelas con un regimiento de gollas que con esos infames *mozos* de Veciana.

—Es verdad,—interrumpió un tercero;—nos persiguen como si fuéramos animales dañinos, y nunca logramos atrapar siquiera á uno para saldar cuentas por todos.

—¿Y si cogiéramos á su coman-

Dice que fuimos unos cobardes y trata de castigarnos (1).

Los bandidos quedaron todos silenciosos al oír las últimas palabras del Bigardo; sólo uno, más atrevido ó más incrédulo que los demás, se apresuró á exclamar:

—¡Vaya! No le dará tan fuerte. Durante el sitio de Barcelona no era para nosotros tan meticoloso el capitán. ¡Qué tiempos aquellos, compañeros! Verdad que se peleaba de firme y se exponía la pelleja, pero la recompensa era mayor y, no obstante la lucha, la vida era menos agitada y sin el fantasma de esos mozos de Veciana, que el diablo confunde ahora mismo.

—Sí, sí; tienes razón, Tragabolas,—contestaron algunos compañeros.

—La Lechuza,—interrumpió un bandido apellidado el *Pancut*,—me dijo el otro día que ese criminal de Veciana está en íntimas relaciones con Satanás y obtiene de éste cuanto se le antoja (2).

—¡Jesús...!—exclamaron á una todos los bandoleros.

—Ya sabéis quién es la Lechuza,—prosiguió el *Pancut*;—para ella no hay secretos. Me contó cosas tan horribles, que al más valiente de vosotros causarían miedo...

—¡Cuernos de Lucifer! ¿Acabarás



D. Pedro Mártir Veciana, segundo comandante de las Escuadras.

dante, á ese fanfarrón de Veciana?

—Pagaría por todos, que bien lo merece,—contestaron á coro todos los bandidos.

—¿No sabéis qué ocurre?—dijo un bandido á quien llamaban el Bigardo.

—¿Qué pasa?—respondieron varias voces.

—Poca cosa; según me dijo el *Pepet*, nuestro capitán está furioso, dado á todos los diablos, porque sin su consentimiento pegamos fuego, días pasados, á las haciendas de Veciana.

(1) Según datos auténticos, consta, efectivamente, que varias posesiones del valiente jefe, fueron incendiadas por aquellos foragidos.

(2) La «Lechuza» era una vieja hechicera, muy célebre en aquella época, que habitaba en una miserable choza, en las inmediaciones del pueblo de Laxabega, y que un año después de estos acontecimientos fué sentenciada á morir colgada de una encina, por una cuadrilla de bandidos á quienes sin duda había engañado con sus brujerías y sortilegios.

con tu cuento, *Panxut* del demonio,— repuso el Bigardo.

—No os impacientéis, camaradas; la Lechuza me contó que ese maldito Veciana tiene un diablo protector que le sigue á todos lados y le salva de los apuros, defendiendo también á los mozos de nuestras asechanzas.

Los bandidos escuchaban al *Panxut* sin proferir una palabra y poseídos de un terror casi rayano en el espanto. Ignorantes y supersticiosos, creían como artículo de fe el relato de su compañero, y allá, en su desordenada fantasía, veían á la miserable bruja como un sér sobrenatural digno del mayor respeto.

En aquel momento y cuando el *Panxut* iba de nuevo á proseguir su peregrino discurso, incorporóse al grupo un nuevo compañero, que apareció como por ensalmo de entre unas matas cercanas al camino. Era el último de los centinelas que Claudio había dejado apostados para resguardar su persona en aquellos peligrosos sitios, muy á propósito para una emboscada. El silbato del capitán dejóse oír nuevamente y esta vez para significar á sus subordinados que se aproximaba el fin de la jornada.

—Gracias al diablo,—dijo el Bigardo,—que hemos llegado á lugar seguro; aquí, siquiera, podremos descansar algunos días.

En efecto, Claudio el Molinero entraba poco después seguido de los suyos, en una especie de masía ó casa de campo, oculta entre unos ásperos breñales y rodeada de espeso bosque por todos lados, distante de Farena unos veinte kilómetros escasos. Una vez hubieron penetrado los bandidos en la masía, fuéronse acomodando lo mejor posible y disponiendo lo necesario para calentar los estómagos y recuperar las fuerzas con una buena cena. El capitán recomendó á los bandidos el mayor orden

dentro de la casa y la más estrecha vigilancia en el exterior, para evitar una sorpresa; dadas estas órdenes, dirigióse á saludar á la dueña de la masía, que le esperaba en una habitación bastante separada del alojamiento de los bandoleros.

—Buenas noches, *Roseta*,—dijo el Molinero al penetrar en la sala.

—Dios os guarde, Claudio; ¿cómo no habéis avisado vuestra llegada? ¡Vendréis cansado!

—Un poco. La jornada ha sido larga y la noche tormentosa y fría.

—Tanto tiempo sin veros, Claudio; ¿de dónde venís ahora?

—¿Acaso no habéis oído que me hallaba en Barcelona?

—¿Vos en el sitio de Barcelona?...

—Sí; ¿qué os extraña? Pero decidme: ¿tenéis algo nuevo que comunicarme?

—Por estas soledades, ¿qué queréis que pase, amigo Claudio?

—Sí, es verdad; pero después de tanto tiempo... es raro que nada tengáis que decirme...

—Es cierto; se me olvidaba comunicaros una pequeña nueva, sin importancia para vos.

—Veamos, hablad.

—Desde hace algún tiempo tengo á mi lado una hermosa niña á quien amo como á una hija.

—¿De dónde os ha llegado esa alhaja?

—¿Para qué queréis saberlo?

—¡Voto al demonio! ¿Guardáis secretos para mí, *Roseta*? Decid pronto de dónde vino esa mujer.

—Procede, como vos, de Barcelona.

—¡De Barcelona!...

—Sí; ¿qué os asombra?

Claudio dirigió á *Roseta* una mirada investigadora como queriendo penetrar en lo más íntimo de su pensamiento. Sus facciones habíanse alterado rápidamente y un ligero tem-

blor convulsivo agitaba sus miembros. Después de unos instantes de silencio, *Roseta* lo interrumpió exclamando:

—¿Qué os pasa, Claudio? Acaso teméis...

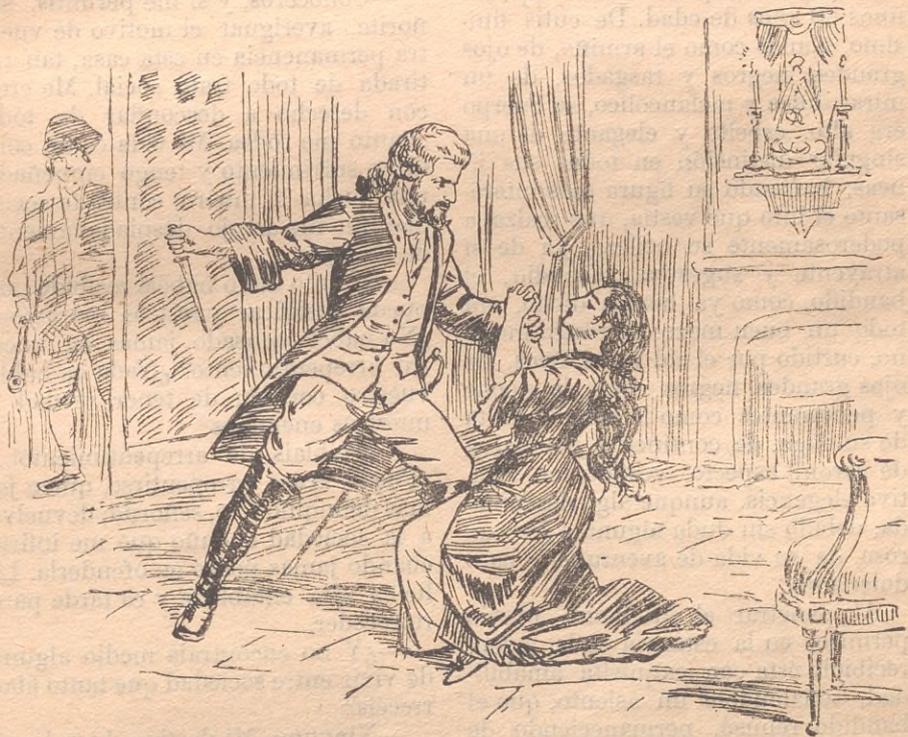
—Yo no temo nada; pero hoy más que nunca tengo enemigos por todos lados, que me acechan constantemente, y vos, buena *Roseta*, no sabéis...

—Hablad claro, Claudio, y no me hagáis sospechar que desconfiáis de

mí ó de la pobre huérfana á quien he brindado amparo y hospitalidad; vos, en fin, sois el que no sabéis...

—Perdonad, amiga mía; pero he de advertiros que estoy en el caso de sospechar de todo el mundo, y que no obstante vuestra reconocida lealtad y vuestras protestas, deseo, sin ofensa para vos, convencerme de lo que decís; quiero, en una palabra, conocer á esa niña.

—Vos lo exigís, Claudio, y así se



Mi puñal se encargará de aniquilar á los espías de los mozos de la Escuadra.

hará; pero á mi vez quiero advertiros que esa hermosa niña es hoy mi hija, con mayores títulos para mí que en pasados tiempos, que la alimenté á mis pechos y la llevé en mis brazos con el cariño de una madre. Horribles desgracias de familia la han traído á mi lado; esta casa debe ser

para ella un lugar sagrado, tratadla como se merece y no olvidéis... no olvidéis que soy su madre.

—Me amenazáis, *Roseta*, y ¡voto á Lucifer! que no os lo puedo consentir.

—No, Claudio; apelo á vuestra hidalguía, y deseo tan sólo que no os

dejéis arrebatat. Franca tenéis la entrada, podéis subir cuando gustéis, ocupa en estos momentos la habitación destinada á vos en vuestra última visita; sed prudente y comedido, os lo suplico.

### CAPÍTULO III

LUISA

La protegida de *Roseta* era una bellísima joven, que contaría apenas unos 20 años de edad. De cutis finísimo, blanco como el armiño, de ojos grandes, negros y rasgados, de un mirar dulce y melancólico, su cuerpo era alto, esbelto y elegante, de una singular distinción en todas sus líneas, haciendo su figura más interesante el luto que vestía, que realizaba poderosamente su belleza, ya de sí atrayente y sugestiva. Claudio, el bandido, como ya hemos dicho, era todo un buen mozo, de rostro moreno, curtido por el sol y los fríos, de ojos grandes, negros como la noche y penetrantes como la afilada punta de su daga, de continente marcial y de varonil aspecto, vestido con relativa elegancia, aunque algo descuidada, debido sin duda alguna á lo azaroso de su vida de aventuras y bandolerismo.

Al penetrar el Molinero, previo permiso, en la estancia de la joven, recibióle ésta con exquisita amabilidad, señalándole un asiento, que el bandido rehusó, permaneciendo de pie, en gallarda apostura, y clavando en Luisa, pues este era el nombre de la hermosa, una investigadora mirada. Pasados algunos momentos, Claudio rompió el silencio con las siguientes frases:

—Dispensad, señorita, que un bandido, un hombre de tan baja estofa como yo, haya osado interrumpir vuestro retiro y tranquilidad. Os pi-

do mil perdones; pero me era necesario conocer á las personas que se albergan en esta casa, después de una muy larga ausencia de estos sitios. Perseguido sin descanso y condenado á muerte...

—Yo no sé,—le interrumpió la joven,—cuáles son vuestras intenciones al presentaros ante una pobre y desvalida huérfana; pero cualquiera que sea el motivo de vuestra visita, decid sin reparo lo que deseáis de mí.

—Conocerlos, y si me permitís, señorita, averiguar el motivo de vuestra permanencia en esta casa, tan retirada de todo trato social. Me creo con derecho á desconfiar de todo cuanto me rodea. Mi vida es un continuo sufrimiento y tengo empeñada una lucha á muerte contra la sociedad que me arrojó despiadadamente de su seno.

—¿Tanto daño habéis recibido que pueda justificar vuestros extravíos? ¿No habéis pensado jamás en vuestro arrepentimiento? ¿Nada os habla vuestro corazón de tener piedad á nuestros enemigos?

—¡Hablais de arrepentimiento!... ¿Puede, acaso, arrepentirse, quien jamás delinquirió? No, señorita; devuelvo á la sociedad el daño que me inflirió cuando jamás pensé en ofenderla. La lucha está enladrada y es tarde para retroceder.

—¿Y no encontrarís medio alguno de vivir entre sociedad que tanto aborrecéis?

—Ninguno. Mi destino, bien lo sé, es la horca; pero mi venganza no está satisfecha ni cumplidos mis deseos.

—Abandonad, Claudio, esas ideas, y buscad el medio de caer en manos de la justicia.

—¡Imposible! Las leyes son implacables y el bandido debe morir á sus manos.

(Continuará.)

